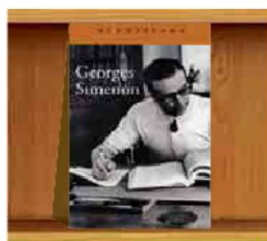


de nuevo



Georges Simenon.



Georges Simenon

VV. AA.

Ed. Acantilado, 2012

86 páginas

(Contiene «El hombre en la calle», relato)

e incluso, a veces, amor al prójimo», como escribe Pierre Assouline. Nada menos. Es decir: «Cosas que le dicen todo a todos en todas partes». Como les ocurrió a Walter Benjamin, a Henry Miller, a Fellini o Álvaro Mutis, a Céline, a Josep Pla, a Gide o a John Banville (excelente su ensayo al respecto, nada deconstruccionista, cuenta argumentos y todo): como confesó ¡Faulkner!

De modo que hay motivo de gozo literario: vuelve a inquietar Simenon. ¿Por dónde empezar a leerlo alguien que no lo conozca? Da igual, da exactamente igual. Vale cualquiera de sus novelas. Solo por dar nombres y solo por mi gusto particular: *La casa del canal*, *El hombre que miraba pasar los trenes* o *La nieve estaba sucia* si se prefiere las de no-Maigret. Además del breve *El hombre en la calle*, *El perro canelo*, *Maigret en la pensión* y *Maigret en Vichy*. Pero, insisto, vale cualquiera, nunca defrauda. Por eso, en las horas de andenes o salas de espera o salas de embarque, en cualquier viaje que emprendo, guardo mucho cuidado en haber añadido mi librónico al equipaje, pues en él se alojan, llenas de atractivo, la mayor parte de las novelas de este monstruo de la naturaleza llamado Georges Simenon, para inquietarme de nuevo.

doscientas cincuenta novelas, con su mismo nombre o bajo seudónimos, con poco menos de la mitad de ellas protagonizadas por el comisario Maigret. También añaden sus propagandistas un detalle que me irrita sobremanera: hasta la Wiki recoge que confesó acostarse con treinta mil mujeres, que ya es fragor la cosa. Pero, lo que de verdad me interesa, es que no tiene ninguna novela mala, así lo declaro. No tiene bajonazos clamorosos jamás. Aguantan siempre sus historias: «No son más que soledad, angustia, desánimo, odio hacia sí mismo, alcohol, envidia, abandono, mentira, ambición, silencios, miseria moral, exclusión, piedad, secretos de familia, miedo al Otro, adulterio, celos, suicidio

## La novela asesina

Cuando la literatura era la reina absoluta de la ficción y su poder bastaba para matar



ROSA SALA ROSE

Hubo un tiempo en que la literatura no sólo entretiene e ilustra, sino que provocaba sucesos. ¿Recuerdan la retransmisión radiofónica que Orson Welles hizo en octubre de 1938 del clásico de ciencia ficción *La guerra de los mundos* de H.G. Wells? El anuncio de la invasión de unos extraterrestres provocó ataques de pánico y reacciones desesperadas entre los ciudadanos de Nueva York, que intentaron protegerse de los ficticios ataques de los marcianos mientras la policía y los bomberos no daban abasto tratando de contener a la población. Al día siguiente Welles tuvo que pedir perdón por una histeria colectiva que en ningún momento se había propuesto desencadenar. Era el poder de la literatura reforzado por el de los medios de comunicación de masas.

Hoy en día, con el cine en tres dimensiones, la realidad virtual y los videojuegos, la distinción entre realidad y ficción se nos da bastante mejor que entonces, aunque sólo sea porque de lo contrario nos volveríamos locos. Frente a todos estos nuevos medios, la pobre literatura, cuya única herramienta son las palabras, es una cenicienta subida a una calabaza.

Sin embargo, hace doscientos cincuenta años la literatura era la reina absoluta de la ficción y su poder bastaba para matar. En serio. Piensen si no en uno de sus triunfos, *Las penas del joven Werther*. Según *Madame de Staël*, esta novelita surgida de la pluma de un joven llamado Goethe «provocó más suicidios que la más bella de las mujeres». Los filólogos alemanes lo rastrean todo, así que hoy conocemos los nombres de varias decenas de lectores que se dieron muerte a sí mismos por efecto de su empatía con un pobre muchacho que, como sabemos, acaba pegándose un tiro, víctima tanto de su amor por Carlotta como de sí mismo.

Por aquellos años distinguir entre realidad y ficción resultaba muy difícil. Para unas gentes más acostumbradas a leer la Biblia que la literatura, la letra impresa aún tenía una autoridad que los escritores de hoy envidian con nostalgia. El poder de identificación del lector con *Las penas del joven Werther* era entonces tan grande que muchos lo trataron como un libro diabólico, casi mágico. Según un dictamen de la época, hubo hombres «eruditos y decentes que no se atrevieron a leer el libro entero, apartándolo de sí incontables veces». ¡Ay, qué tiempos aquellos en los que una obra literaria podía llegar a dar miedo!

Para Goethe no fue nada fácil. Dicen que él mismo ayudó a sacar del río Ilm el cuerpo sin vida de una joven que se había lanzado al agua con un ejemplar de *Las penas del joven Werther* bajo el corpiño. Y en 1833 recibió la carta de una mujer enfurecida, cuyo hijo adolescente se había disparado un tiro tras haber subrayado varios pasajes de la novela. «Excelencia, ¡el Señor os pedirá justicia por la aplicación de vuestros talentos!», amenazaba la desgraciada. Una acusación así no deja indiferente a nadie, ni siquiera al olímpico Goethe.

Hoy conocemos los nombres de decenas de lectores que se suicidaron tras leer las desventuras del Werther de Goethe

Y sin embargo, a diferencia de Orson Welles, Goethe nunca pidió perdón. Cuando *Lord Bristol* le recriminó haber escrito una novela amoral y condenable, Goethe le respondió: «Si vos habláis así del pobre Werther, ¿qué tono no emplearéis contra los grandes de esta Tierra, que con un solo trazo de su pluma envían a cien mil hombres al frente?».

Y qué diantre, tenía toda la razón.

## Para un mundo más zombi que la serie

El éxito popular de *The Walking Dead*, una serie muy mediocre sobre la supervivencia en un mundo dominado por legiones de zombis, ha servido de acicate a *Errata naturae* para reunir un atractivo conjunto de piezas que van desde las reflexiones sobre el serial televisivo y el cómic que está en su origen hasta el mismísimo *El caso del señor Valdemar* que cierra el volumen.

En estas páginas hay mucho lugar para la reflexión fértil. Algunas se ciñen como un guante a la materia prima, sirven para pensar cómo una colección de fétidos tarados puede invadir la hora familiar de máxima audiencia. Otras desmenuzan el símbolo para arrojar luz sobre la condición zombi a la que estamos cada vez más abocados en un sistema que necesita simultáneamente anularnos e insuflarnos vida para seguir rodando. De la lectura del conjunto se sale con una contracción del espinazo que debe menos a las masas de pústulas requeantadas que a la adivinación de la podredumbre que late bajo nuestras (cada vez más) inmaculadas apariencias.



The Walking Dead

Apocalipsis zombi ya

VARIOS AUTORES

Errata Naturae

270 páginas

19,90 euros

## Dos gemelos, un siglo, el final de un orbe

Primera parte de la trilogía *Los Dukay*, en la que el húngaro Lajos Zilahy (1891-1974) desmenuza 150 años de historia de su país. *El siglo feliz* abarca la centuria que va del *Congreso de Viena* (1814) a la I Guerra Mundial. Un siglo, nacido de la agonía de Napoleón, en el que Europa verá el imparable ascenso de la burguesía y el capitalismo industrial y financiero, y, con ellos, de una concepción vital basada en el progreso propiciado por el desarrollo científico y tecnológico. Pero también las revueltas nacionalistas de 1830 y 1848 –que en Hungría dejarán espeso poso de sangre– y las primeras revueltas obreras.

Zilahy, que prolongará las páginas de *El siglo feliz* en *Crepúsculo cobrizo* y *El ángel del odio*, pone en escena a dos gemelos nacidos en 1814 y a su ulterior progenie. Uno de ellos representará el espíritu conservador e imperial austriaco, el otro la rebeldía húngara. Un magno fresco histórico de un autor cuyas obras fueron auténticos best-sellers durante décadas del siglo XX.



El siglo feliz

LAJOS ZILAHY

Traducción de Leonicio Sureda

Futambulista

584 páginas

21,50 euros